

Catequesis #1

La Resurrección: fundamento de nuestra Esperanza

Vamos de camino, como peregrinos de la Esperanza, y para ello no hay otra ruta que la Resurrección. El acontecimiento pascual es el fundamento de nuestra Esperanza y de la Esperanza que el mundo espera. El mundo necesita de Jesús, del anuncio gozoso de la resurrección, del horizonte de la posibilidad de una vida plena, de la posibilidad de la paz, de la remisión del dolor. Pero ese anuncio necesita que nosotros podamos tocar este dolor, y desde ahí, siendo capaces de percibir los signos de la presencia del resucitado. En este peregrinar, mientras disfrutamos, sonreímos, también caminemos encontrando los signos de vida que asoman al camino y que nos hacen creer.

1. Mujer, ¿por qué lloras?

¹¹Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro ¹²y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. ¹³Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Jn 20, 11 - 13

El Señor se aparece en el jardín y se acerca. Él siempre se acerca, busca, se aproxima. Y pregunta: ¿Por qué lloras...?

Las primeras palabras del Resucitado en el jardín de Pascua son de una ternura extraordinaria: háblame de tus lágrimas, es lo que más me importa, me importa tu corazón tembloroso. La primera palabra del Resucitado ilumina las lágrimas. Y no por decirle «no llores» deja de llorar. No para pedir una explicación, sino para inclinarse sobre ella, para abrazarla, fundirse con ella y participar. María llora por el más grande de los motivos: llora por amor. Lloro el que ama. Lloro mucho el que ama mucho. Es propio de discípulos preguntarse por las causas... (Ermes Ronchi)

La esperanza cristiana, que es virtud teologal, no se desentiende de las realidades concretas. Al contrario, parte de ellas y busca transformarlas. El CIC nos recuerda: *La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad* (CIC 1818). No es posible hablar de esperanza sin conocer las heridas y los dolores de aquellos a los que les queremos anunciar. No es posible vivir la esperanza sin tocar nuestras propias heridas.

Comparte

¿qué realidades a tu alrededor (y en el mundo) necesitan pasar del llanto al gozo, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida?

2. ¿A quién buscas?

¹⁴Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. ¹⁵Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». ¹⁶Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!».

Jn 20, 14-16

Si se toca el dolor propio y el del hermano, no podemos quedar ahí. Necesitamos encontrar los signos que hablan de la Vida, de *un Jesús Resucitado se oculta dentro, no deslumbra, no ciega, no se impone; en su voz tiembla un dolor, amiga mía. Es el estilo inconfundible de Jesús* (Ermes Ronchi). El Concilio Vaticano II recuerda, en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*:

El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas (GS 11).

Encontrar los signos del resucitado es aguzar la mirada y es afinar el oído. Es también dejarse hacer por el Espíritu y por la comunidad, la Iglesia que anuncia y custodia. Es dejarse transformar por la gracia, es que el Evangelio tenga algo que decir a la vida concreta de cada uno.

Comparte ¿de qué modos te ha ido transformando el Evangelio?, ¿qué signos de Vida has descubierto en estos días?

3. Anda y di a mis hermanos

¹⁷Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». ¹⁸María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Jn 20, 17-18

Quien ha abrazado el dolor y la cruz, y ha logrado percibir al Resucitado, necesita interiormente compartir lo que ha descubierto. Es la experiencia de María, es la de los de Emaús, y es probablemente la nuestra. El bien tiene a comunicarse, y el bien vivido se vuelve necesariamente bien compartido.

Por todas partes, por tanto, el Señor nos manda como sus testigos. Pero podemos serlo sólo a partir y en referencia continua a la experiencia pascual, la que María de Magdala expresa anunciando a los demás discípulos: “He visto al Señor” (Jn 20,18). En este encuentro personal con el Resucitado está el fundamento indestructible y el contenido central de nuestra fe, la fuente fresca e inagotable de nuestra esperanza, el dinamismo ardiente de nuestra caridad. Así nuestra misma vida cristiana coincidirá plenamente con el anuncio: “Cristo Señor verdaderamente ha resucitado”. Dejémonos, por ello, conquistar por la fascinación de la Resurrección de Cristo. La Virgen María nos sostenga con su protección y nos ayude a gustar plenamente la alegría pascual, para que sepamos llevarla a nuestra vez a todos nuestros hermanos. (Benedicto XVI, Audiencia General, 7 de abril de 2010)

Comparte ¿Qué queremos que diga nuestra vida a los hermanos? ¿Traslucimos vida, comunicamos que Él está Vivo? ¿Qué nos pide comunicar hoy el Maestro? ¿Cómo?